



## DOSSIER

*Diversidad cultural y natural*

# Del antropocentrismo y el naturalismo, a otras racionalidades y ontologías

*Ivette Vallejo y Didier Sánchez\**



*La gente y su relación con la naturaleza, plasmado en un tótem, Oyacachi, Ecuador.*

Foto: Alejandra Toasa

### Resumen

El 2010 ha sido declarado por las Naciones Unidas el Año de la Biodiversidad, paradójicamente en este año se ha producido uno de los mayores desastres ecológicos en el planeta, aún peor que el ocasionado por Exxon Valdez, en 1989, en las costas de Alaska. El 20 de abril, la plataforma de alta mar Deepwater Horizon explotó y se hundió en el Golfo de México, generando una fuga de petróleo de gran magnitud que ha puesto en peligro cientos de especies marítimas, además de aves neotropicales migratorias. Este incidente, pese a quedarse en nuestra retina, pareciera una situación aceptada como gaje del progreso y la modernidad. Sin embargo, debería ser un detonador para abrir un espacio de reflexión mundial y vislumbrar cómo se relaciona el pensamiento ambiental y el mito del progreso en la civilización llamada Occidental, a la luz de la comparación con otras ontologías y racionalidades ambientales no hegemónicas.

*“Si el siglo XIX habría enterrado a Dios y el XX, según se dice, ha borrado al hombre, ¿hará el XXI desaparecer la Naturaleza?...”.*

*“Más allá de la naturaleza y la cultura”  
Philippe Descola, 2002*

### En la antigüedad de Occidente

En la Grecia antigua, la naturaleza era concebida como un elemento inabordable, salvo por el intento del conocimiento que era insuficiente y lleno de temor. No había intersección entre sociedad y naturaleza, puesto que los seres humanos funcionaban como espectadores, como estáticos beneficiarios o perjudicados por los avatares del mundo natural, determinados a su vez por el designio o ánimo de los dioses (Federovisky, 2007). La naturaleza era concebida en movimiento, de acuerdo a ciclos y a una combinación

\* *Ivette Vallejo Real*: Ph.D. en Ciencias Sociales-Estudios comparados de las Américas. Profesora asociada del Programa Estudios Socioambientales, FLACSO-Ecuador, [ivette.vallejo@iucn.org](mailto:ivette.vallejo@iucn.org)  
*Didier Sánchez*: Biólogo, candidato a Máster en Estudios Socioambientales en FLACSO-Ecuador, [didier.sanchez@iucn.org](mailto:didier.sanchez@iucn.org)

de cuatro elementos, según Aristóteles e Hipócrates, relacionados con las estaciones del año. El mundo podía permanecer eternamente atado a aquellos ciclos siempre y cuando los seres humanos no enojaran a los dioses. En el plano filosófico y ontológico, la naturaleza prefiguraba como contorno de la sociedad, de lo cual sólo se esperaba obtener aquello que fuera otorgado. “La naturaleza era lo ajeno, lo externo, lo desconocido, lo que se guiaba por leyes que no estaban al alcance de la humanidad” (Federovsky, 2007: 36). Imponía incógnitas, enigmas y cierta condición de inmodificabilidad, fue lo que empujó la actitud observacionista de Occidente durante varios siglos.

### Y Dios creó el mundo

En el Antiguo Testamento se nos cuenta que el Dios judeo cristiano creador de todo lo que podemos observar, delega muy pronto sus funciones de administrador de los bienes terrenales al hombre, para que él sea su mayordomo y maneje todo el mundo físico de la mejor manera. Este suceso extraordinario otorga al hombre la potestad de usufructuar, de la manera que él vea conveniente, todos los recursos del planeta: aire, agua, montañas, bosques, animales, plantas. Y es precisamente en este punto donde inicia parte del pensamiento de la civilización occidental.

Este supuesto dominio encargado se mantuvo a través de la constitución de la Iglesia Católica, entidad que dirigió la atención de los creyentes hacia la búsqueda de la salvación eterna. Entre los siglos XIII y XIV se hacía énfasis en el propósito de conocer mejor a Dios, bajo el entendido de que todas las cosas de la tierra y de la vida se vinculan con la realidad trascendental.

### El Humanismo y la Revolución Científica

Entrando al siglo XV, la preconcepción religiosa migra hacia la corriente conocida como Humanismo, doctrina arraigada en el Renacimiento y que ayuda a definir este período. Nace del re-descubrimiento de los clásicos griegos como Aristóteles y se caracteriza por el antropocentrismo; es decir, concebir al hombre como el centro del universo, gracias a su imagen y semejanza con Dios y a la razón de la que es dueño. No obstante, es con el Humanismo que el ser humano

regresa su atención a los fenómenos naturales y a la misma naturaleza. Ello se aprecia en la pintura, con artistas como Durero, quien trata de reconstruir a la naturaleza en sus obras, o como Leonardo da Vinci, quien tomaba de referente los diseños de la naturaleza para sus inventos mecanicistas.

Si antes la Iglesia guiaba a la población en la búsqueda de respuestas espirituales, al buscar la perfección en el más allá; el Humanismo positivista ofrece respuestas materiales aquí en la Tierra gracias a la ciencia. No hay que preocuparse más de la muerte, ya que la

ciencia y la tecnología terminarán con ella, y la trascenderán. En algún momento, sin embargo, se rompe el equilibrio que mantenía al Humanismo y al Renacimiento como una amalgama, y los separa irreconciliablemente. El ascenso económico e intelectual de la burguesía, el crecimiento de las ciudades, el aumento del comercio, la dispersión del poder entre Estados, monarcas y autoridades seculares, el desarrollo de la burocracia, todos estos aspectos son expresiones de la expansión del occidentalismo. Y, como lo vislumbra Huntington (1996), su principal germen de transmisión fue la tecnología: el desarrollo de la navegación oceánica y la invención de nuevas armas para conquistar las nuevas tierras descubiertas, el Nuevo Mundo.

Si en el Renacimiento se veía a la Tierra como un animal vivo, un vasto organismo cruzado por ríos, como venas que circulan el cuerpo vivo; en la Revolución Científica del siglo XVII, el empirismo reinante rivaliza y se opone al racionalismo, la nueva arma del método científico. En este tiempo

renace el atomismo de Demócrito, que permite la descripción matemática y mecánica del Universo.

Un fiel servidor del atomismo mecanicista es Descartes. El filósofo ponderaba que la Tierra y la vida, incluidos los seres humanos, tenían una hermosa eficiencia puramente mecánica.

El tránsito del conocimiento cuaja cuando aparece la figura predominante de Francis Bacon, personaje que proclama una nueva doctrina: “el conocimiento es poder”. Este pensador y científico, a través de su utopía, “La nueva Atlantis”, explica la potencialidad de rehacer a la naturaleza de acuerdo a los deseos y necesidades humanas. En 1620 escribió: “la naturaleza sólo se somete mediante la sumisión”, en el Novum

**El ascenso económico e intelectual de la burguesía, el crecimiento de las ciudades, el aumento del comercio, la dispersión del poder entre Estados, monarcas y autoridades seculares, el desarrollo de la burocracia, todos estos aspectos son expresiones de la expansión del occidentalismo.**



Organum o Indicaciones relativas a la interpretación de la naturaleza. Esta nueva concepción del mundo, es antagónica al teocentrismo de la anterior fase medieval, pero al mismo tiempo es complementaria, siendo su merecida sucesora. Bacon, contrapuesto al observacionismo aristotélico, cristaliza la idea de que el hombre persigue dominar a la naturaleza como condición para su supervivencia. El dominio de la naturaleza presupone, entonces, el conocimiento de las vinculaciones y procesos naturales.

El ser humano, contagiado del positivismo baconiano, se revuelca en su emancipación y da rienda suelta a su imaginación. Al fin de cuentas, el ser humano occidental es la imagen de Dios, por lo que empieza la búsqueda del cielo en la misma tierra. Fruto de ello es la importancia que recibe la tecnología, la ciencia, el capitalismo, primero mercantilista y luego industrial, y sus retoños bastardos: el crecimiento económico, el confort, el bienestar material, entre otros.

El avance de las doctrinas kantianas y hegelianas desemboca en una mirada pragmática en la relación entre el hombre y la naturaleza. Se concebía que para reproducir sus vidas, los hombres debían mantenerse en un ininterrumpido proceso de intercambio con la naturaleza. Había, entonces, que conocer las formas de las sustancias naturales para que el hombre pueda efectuar transformaciones.

### El Romanticismo

A finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, emerge el movimiento romántico, principalmente en Alemania e Inglaterra, para luego contagiarse al resto de Europa. Se constituye en reacción al racionalismo y la razón neoclásica, al anteponer los sentimientos y la admiración por la naturaleza. Este movimiento re-espiritualiza a la tierra y sus seres vivos e inertes.

El Renacimiento, desde una mirada contemplativa, concibe al mundo de la naturaleza como un paisaje a conquistar. No obstante, a medida que la producción agrícola y la generación de excedentes avanzan -conforme a la exigencia de la satisfacción de necesidades humanas- surgen contradicciones en la intersección entre sociedad y naturaleza, obligando a modificar algunos de los aspectos “observacionistas” impuestos por Aristóteles. La naturaleza, entonces, deja de ser vista como un universo inabordable e insondable y pasa a ser aquello que permite la supervivencia, comenzando a establecerse normativas sobre el entorno inmediato. Nace el criterio de naturaleza como un “recurso” que puede ser transformado en lo que resulte más provechoso (Federovsky, Segio, 2007). En el pasaje del Renacimiento a la Revolución Industrial -y siguiendo el materialismo dialéctico, el tránsito del feudalismo al capitalismo- detona varias controversias que son la base central de la apropiación de los recursos naturales y su distribución al interior de las



Ilustración: Carl Schweizer

sociedades. La Revolución Industrial abre, así, una fase de interferencia en el equilibrio de la naturaleza.

La sociedad científica y la Revolución Industrial generan un período caracterizado por el examen empírico de todo aquello que el observacionismo había establecido durante siglos. Los inicios del XIX sitúan una fase de coalición conceptual entre el creacionismo y la empiria. El siglo XIX vive también la división de las ciencias en compartimentos, con programas científicos diferenciados basados en la división entre naturaleza y cultura, que delimita los campos de dedicación de las ciencias de la naturaleza y las ciencias de la cultura. Así, el divorcio entre humanistas y naturalistas se ha-



En el Parque Nacional Yasuní, Amazonía ecuatoriana, las comunidades construyen sus viviendas con materia prima de la naturaleza.

Foto: Alejandra Toasa

bría consumado. Mientras tanto, con la nueva expansión colonial de las potencias europeas en el XIX se acumulaba cada vez más informaciones sobre las maneras en que muchos pueblos no modernos concebían sus relaciones con el mundo natural.

A través de la mutación que sufren los naturalistas, la contemplación avanza a un análisis pormenorizado de la intersección sociedad-naturaleza. Varias figuras son claves en este análisis; entre ellas, Humboldt, Linneo, Mendel y Darwin. Este último llega a demoler las teorías catastrofistas y deterministas.

En este período se abren paso conceptos claves como el de la “selección natural” que posibilita un análisis serio del vínculo entre seres vivos y entorno, lo que inicia con la Ecología y el estudio de las interrelaciones complejas entre los organismos y el mundo.

### La contemporaneidad en los preceptos de Occidente

Retomando el evento de la Deepwater Horizon, algo es seguro: la tierra se ve aún como la bodega de materia prima para acceder al prometido progreso, tan buscado por la especie del *homo economicus*.

En la información difundida se ven los esfuerzos por detener el derrame, pero es claro que existe fe en la tecnología, que cuesta millones, y que, contradictoriamente, se obtiene a través de la explotación patológica de recursos; es decir, estamos inmersos en un ciclo que se autoreplica, precisamente debido a que nuestra civilización occidental sufre de “autismo cultural”, como lo sostiene el historiador Thomas Berry.

En el siguiente número lea la segunda parte de este artículo: “Del buen vivir y la tierra sin mal”.

### Referencias bibliográficas

**Descola, Philippe (2002).** *Antropología de la Naturaleza*, Lima: IFEA.

**Federovisky, Segio (2007).** *Historia del Medio ambiente. La transformación de la naturaleza: de mundo ajeno y amenazante a espacio por conquistar*. Buenos Aires: Estación Ciencia.

**Huntington, Samuel (1996).** *The clash of civilizations and the remaking of world order*. New York: Simon & Schuster.